



por las víctimas ó que al menos no muriesen sin los auxilios espirituales. Calvo para neutralizar el efecto de sus exhortaciones añadió á las recompensas del cielo el estímulo del dinero, y recomendó la matanza, abalanzándose los verdugos á descargar el puñal sobre el infeliz que antes concluía de confesarse. Al fin los lamentos de las víctimas, las súplicas de los religiosos y la fatiga rindieron á los asesinos, y advirtiéndolo Calvo, se apresuró á otorgar el perdón de los ciento cuarenta y tres que el puñal había olvidado, añadiendo que, para atender á su mayor seguridad, se les trasladaría en el acto á las puertas de la torre de Cuarte. ¡Cómo se creará que ese perdón no era más que un descanso concedido á los matadores, y esa generosidad un nuevo lazo calculado con una feroz prevision! Al pasar cerca de la plaza de toros, otra cuadrilla de asesinos allí apostada se arrojó sobre los desventurados, y en breve rato los dejó sin vida y destrozados en el suelo. A trescientos treinta dicen unos que llegó el número de los barbaramente inmolados aquella nefanda noche, que otros hacen subir á cuatrocientos. ¡Y lo más abominable de todo es que, al concluir el estermínio se presentaron los asesinos á la junta poniendo á su disposición las alhajas pertenecientes á los sacrificados y pidiendo la paga que les había ofrecido el canónigo!... ¡Contraste horrible que demuestra la asociación monstruosa del fanatismo religioso, la exaltación política y el hábito del crimen!

La consecuencia inmediata de estos sucesos, tan espantosa como ellos mismos, fué la breve, mas cumplida, dictadura de Calvo sobre Valencia. Durante las escenas de la ciudad se le vió expedir órdenes á todas las autoridades, al arzobispo como al capitán general; órdenes que eran al punto obedecidas. Solo hubo un alma noble de corazón esforzado entre todos aquellos guardianes de la seguridad y el orden público, el P. Rico. Comisionado en los momentos de mayor efervescencia para apaciguarla, no había podido hacerse oír de una turba en que dominaba la cuadrilla del canónigo, viéndose á su pesar obligado á retirarse por temor á una venganza de su rival. A la mañana siguiente,

juzgando calmada la embriaguez de sangre, montó á caballo y fué en busca de su contrario resuelto á libertar á Valencia de su ominosa dominación, y estaba ya para prenderle cuando el coronel Usel y otros dos vocales de la junta, á quienes con razón se creyó cómplices de Calvo, propusieron su entrada en el seno de ella, siendo en efecto admitido en la mañana del 6. Lleno Rico de noble indignación, vuela á la junta, increpa á todos por su debilidad, encárase con el canónigo para pintar su ferocidad con los más vivos colores; y volviéndose á sus compañeros les dice con firme voz que es necesario cortar la cabeza á aquel monstruo. Atérase este, y empezaba ya á cundir el ardor de Rico por los acibarados pechos de sus colegas cuando la cuadrilla de Calvo, enviada por él á rebuscar en la ciudad los franceses que no hubiesen ido á la ciudadela, se presenta con ocho infelices, á quienes intenta asesinar en la misma sala de sus sesiones. A su vista huyeron todos menos el canónigo, que vió caer con satánico placer á sus piés, bañados en sangre, á los ocho franceses, y se dispuso á abreviar su corazón con la de los que se habían manifestado sus enemigos, en particular el P. Rico.

Por fortuna el imperio del crimen es siempre de corta duración. Convencidos de que aquel monstruo acabaría esterminando á todos sus compañeros para erigirse en señor absoluto de Valencia, se pusieron de acuerdo para celebrar á la mañana siguiente del 7 una junta, en la cual se resolvió, á propuesta de Rico, la prisión de Calvo.

Felizmente se le sorprendió antes de que pudiera ser avisado, y le trasportaron inmediatamente á una prisión de Mallorca hasta fines de Junio, en que fué llamado para sufrir el juicio y la sentencia. En su defensa alegó el canónigo la execrable máxima de la escuela que admiraba, diciendo que, si había obrado mal, la intención del bien que en ello había llevado, debía eximirle de toda inculpación y castigo. El tribunal vió en su detestable moral un motivo más para su condenación, y á las doce de la noche del día 2 fué agarrotado en la cárcel, y á la mañana siguiente expuesto su cadáver á la espectación pública en la plaza de Santo Do-



mingo mirando á la ciudadela con este cartel: «Por traidor á la patria y mandante vil de asesinos.»

Hubo que censurar en este acto de reconocida justicia las irregularidades del proceso, falta siempre gravísima, pero más cuando en ella incurren é innecesariamente los encargados por la sociedad de velar por su respeto y guarda. Las leyes son ó deben ser la garantía de las sociedades, y no hay tiranía más funesta y detestable que la que resulta del abuso de la autoridad, por cuanto erige al abuso en principio de soberanía y al capricho individual señor de las naciones. Las leyes se hacen para los criminales lo mismo ó mas principalmente que para los buenos ciudadanos. La junta principió por crear un tribunal de seguridad pública compuesto de tres magistrados para proceder á la averiguación y juicio de los asesinos, el cual tomó por base del proceso la lista de nombres de los que habían acudido á la junta pidiendo el pago de sus asesinatos, lista recogida cautelosamente en el acto por uno de los magistrados con pretexto de dar cuentas. Bastó constar en aquella terrible lista de proscripción para que, sin formal acusación, sin pruebas, sin defensa, sin identificar siquiera debidamente las personas, fueran al suplicio cuantos se aprehendieran, sin sospechar que pudiesen haberse inscrito, como efectivamente se supo que se inscribieron, varios miserables por coger el estipendio ofrecido. «Hombre hubo, que, sentado y en el suplicio, fué preguntado por su nombre, y conocido el error, se le desató y puso en libertad. ¡Desventurado! Ya había sufrido la muerte, puesto que había padecido sus mortales agonías. Así perecieron agarrotadas veinte y más personas cada noche en la cárcel, y al siguiente día amanecían suspendidas de las horcas en las plazas públicas. Un sacerdote que confesaba á los reos, horrorizado con la muerte de algunos inocentes, acudió al tribunal, solicitó más detenimiento, más justicia; pero fueron despreciados sus ruegos, y se le impuso silencio. Trescientos individuos de la sociedad fueron ajusticiados de este modo arrebatado é ilegal.»

Pero sería injusto acusar de todos esos delitos al gran movimiento en cuyo seno se produje-

ron. Cuando hay un trastorno social cosa natural es que las pasiones aviesas se remuevan y aviven y desenvuelvan. Si por algunos crímenes hubieran de anatematizarse los hechos que los han ocasionado, preciso sería rasgar la historia y renunciar á toda reforma y todo progreso de las sociedades.

El levantamiento de España tuvo por su más inmediata consecuencia el de Portugal, hasta entonces sometido á Junot, pero no rendido. La funesta política de Godoy con este reino hermano había encruceado de tal manera los odios tradicionales de todas las clases hácia Castilla, que el pueblo aborrecía más á los españoles que á los mismos franceses. Sin embargo, como los sucesos que en breve siguieron á la invasión galo-hispana le demostraron que el pueblo español era víctima también de la misma política, en la comunidad de la desgracia desaparecieron los odios y se estrecharon sus lazos naturales.

Cuando llegó allá la noticia de las sangrientas escenas de Madrid, los portugueses manifestaron participar de la indignación de nuestros pueblos, y al saber las sublevaciones de las provincias fronterizas, Galicia, Estremadura, Andalucía, se prepararon para sacudir el duro yugo que los oprimía haciendo causa común con ellas. Ya no miraron á los soldados españoles como sus tiranos, sino como amigos de quienes esperaban ser ayudados para la salvación común de su patria. La insurrección empezó en efecto por los que se hallaban guarneciendo á Oporto. Al recibir el aviso de la junta de Galicia de su alzamiento con la orden de que se retirasen á ella llevándose cuantos franceses hubiesen á las manos, pusieron los jefes de acuerdo, y el 6 de Junio emprendieron el camino de la frontera habiéndose apoderado del general Quesnel y algunos otros oficiales. Cinco días después se levantó toda la provincia de Tras-os-Montes, y á su voz respondieron la de Entre-Douro y Minho y muchos pueblos de la Beira; erigiendo á ejemplo de España juntas supremas, á cuyo frente ponían á aquellos que se habían conservado fieles á la causa nacional.

Junot, antes de que una retirada semejante á la de los españoles de Oporto, hecha por los



que tenía á sus inmediatas órdenes en Lisboa, abriese á la insurreccion del Norte el camino de la capital, determinó impedir con medidas vigorosas la explosion de la ira de que estaban poseidos. Carrafa, su general, habia acogido friamente las primeras excitaciones de Torre del Fresno cuando publicó su precipitada proclama en Badojoz, del detenimiento no censurable si á él hubiesen acompañado algunas precauciones para el caso de que la insurreccion cundiese. No habiéndolas tomado, pudo Junot fácilmente, así que tuvo aviso de lo sucedido en Oporto, sorprenderle y reducir á la impotencia á sus soldados por medio de ardidés no más nobles que los empleados hasta entonces. El marqués de Malespina, con su regimiento de dragones de la Reina, fué el único advertido que, abandonando oportunamente á Mafra, supo dejar burlado al general francés, llegando á España con toda su gente. Otro cuerpo de mil doscientos hombres, situados en Ourique, receloso de la orden que le mandaba ir á acuartelarse en el convento de San Francisco, se excusó de su cumplimiento. Junot apeló á otro ardid: lo llamó al Torreiro do Pazo propalando que era para embarcarlos y mandarlos á España. Llenos de gozo acudieron incautamente soldados y oficiales; pero al entrar en aquella plaza se vieron de repente cercados por tres mil franceses asestando contra ellos varias piezas de artillería para obligarlos á rendir las armas. No siendo tiempo ya de reclamaciones y excusas, todos se sometieron, siendo el resultado quedar la tropa encerrada en los pontones del Tajo y la oficialidad libre, pero vigilada rigurosamente. Eso no impidió que muchos, conceptuándose libres de cumplir una palabra arancada al pié de los cañones á mecha encendida, se fugasen á España, resolucion que hubiera concluido por ser adoptada de todos, á no haberse apresurado Junot á encerrar á los restantes con los soldados.

Los que se hallaban á la otra parte del Tajo, en Setúbal, pudieron salvarse de extratagemas semejantes. El regimiento de húsares de María Luisa dió el ejemplo de la desercion, que fué imitado por los voluntarios de Valencia y Murcia casi en masa, tremolando su bandera.

El general Graindorge trató de cortarles la retirada; pero en el encuentro que tuvo en Os-Pegoes fué rechazado, y no pudo volver á oponérseles siendo protegidos por los mismos pueblos del tránsito.

En los Algarbes produjo el pronunciamiento de Sevilla el mismo efecto que en las provincias del Norte el de Galicia. Un pequeño pueblo de pescadores fué el primero que por aquella parte gritó: «viva nuestro príncipe, muera Junot;» Faro, abandonada por el coronel Maransin para acudir á sofocarlo, se sublevó en seguida; y á pesar de haber entregado á saco á Beja por haber asesinado el paisanaje algunos franceses, la insurreccion se propagó con la misma rapidez que en España, no dejando á Junot y sus generales dueños de otro terreno que el que pisaban, por decirlo así, con sus propias plantas.

Constituidas las juntas directivas, un interés mútuo de proteccion y auxilio hizo que se ajustasen arreglos entre ellas y las de España más inmediatas, olvidando antiguos resentimientos y rivalidades ante el deber sagrado de atender á la salvacion de la patria. La patria era entonces para españoles y portugueses, como ha debido ser siempre, la Península entera. Muchos hubo que se congratularon en aquel tiempo de unas alianzas que podian restablecer el primitivo acuerdo de ambos pueblos, esperando ver á la terminacion de la guerra un solo pabellon ondeando en todo su territorio. No reflexionaban que semejante fusion, fácil bajo un sistema democrático, tiene por primer obstáculo bajo la monarquía el interés dinástico.

Hémoslos detenido algo en la relacion de gran sacudimiento peninsular de 1808, porque objeto de contrarios juicios, importaba suministrar al lector los datos necesarios para apreciar por sí mismo á qué género de influencias fué debido. La historia no refiere acontecimiento semejante que deba excitar tanto la admiracion y el aplauso. Ocupado el territorio por cien mil hombres, en su poder nuestras primeras plazas fuertes, y teniendo por enemigo al primer guerrero del mundo, los españoles, cual si un mismo impulso les moviera, se alzaron á un tiempo contra el que osaba disponer de su pa-



tria como absoluto señor. Desde el 22 de Mayo en que solemnemente se pronunció Cartagena en rebelion, hasta los principios de Junio, en que osaron declararse varios pueblos de Cataluña, mediaron apénas quince dias; y en tan breve espacio de tiempo solamente las provincias que ocupaba el enemigo, las Vascongadas, Navarra y Castilla la Nueva dejaron de corresponder al llamamiento de la patria amenazada. Asturias, Galicia, Castilla la Vieja, Estremadura, toda Andalucía, Valencia y Murcia, Aragon y Cataluña, y en ellas las grandes poblaciones y las aldeas, los ancianos como los mozos, todos, sin inquirir si hay elementos para la guerra, ó más bien constando que no los tienen, sin preguntar el número de los enemigos, sin aguardar que se alcen otros pueblos, temiendo al contrario ser por otros precedidos, se lanzaron á la lucha. ¡Noble emulacion! ¡decision heroica!

¿Pero quién fué ó qué es lo que obró ese arranque sin ejemplo de patriotismo y de valor? No fué el clero, como se ha dicho, pues en muy pocas partes se le vió incitar á la insurreccion, y si en las provincias meridionales algunos sacerdotes acaudillaron al pueblo, otras hubo, como en Galicia, donde tuvo por enemigos á las altas dignidades de la Iglesia. Tampoco la nobleza se presentó en aquellos dias de conflicto á sostener el lustre de sus timbres, ni á amparar el trono que se derrumbaba, ni á proteger á la nacion en su orfandad y desvalimiento. Ellos, los cortesanos, se contentaron con escoltar á los reyes hasta su prision, la Francia, y desde allí hicieron cuanto pudieron por sofocar el alzamiento, poseidos de un vil miedo. Si algunos nombres ilustres figuraron en las juntas fueron de la baja nobleza, que vive con el pueblo en los campos, ó porque él los colocó en ellas á su pesar. Tampoco fueron esos otros personajes brillantes, recamados de oro y condecoraciones, á quienes más particularmente confia el Estado su defensa, los que inauguraron la resistencia al usurpador ó acudieron á sostenerla cuando la multitud la emprendió. Hemos visto á los generales entregar por un descuido y una confianza criminales nuestras plazas fuertes: les hemos visto

negarse comunmente á secundar la sublevacion, desaprobando y aun cobmatirla; tambien fueron otros á alistarse bajo las banderas del enemigo de su patria, siendo de notar que los que se conservaron fieles á su más sagrado deber eran, si podemos decirlo así, los ménos militares. A las audiencias se les vió del mismo modo rechazar y perseguir los primeros impulsos populares. No fueron en fin las eminencias sociales las que dieron á la nacion la voz de guerra: fueron los postreros de todas las clases, fué la revuelta multitud, sin ciencia pero con un prodigioso instinto del acierto y el bien, sin reflexion pero con entusiasmo, sin cálculo pero con un patriotismo acendrado, un profundo sentimiento de su dignidad y justicia y una sublime abnegacion.

Las causas de esta expansion magnánima no se busquen, no, ni en las excitaciones de la Inglaterra, ni en las preocupaciones del fanatismo religioso. Recuérdese que fué rehusado el ofrecimiento de la escuadra inglesa de Cádiz cuando más el conflicto público podia justificar una solicitud de la junta, y luego veremos cuánto sorprendió al gobierno británico la osadía de los españoles. Respecto al fanatismo religioso, bastante prueba es de su escasa influencia en el levantamiento la opinion que Napoleon gozaba con el clero de restaurador de la religion en Francia, especialmente, desde su último concordato con el papa; y más que eso la intervencion no remarcable, como hemos dicho, de los sacerdotes, en las conmociones populares; y lo que á nuestros ojos vale todavía más, el lema general de la insurreccion. *Mueran los franceses y viva Fernando* fueron al principio el grito universal de los pueblos; grito que significaba á la vez:

La condenacion de la administracion y la privanza de Godoy, y la esperanza de un urgente mejoramiento,

La indignacion producida por las arterias de Napoleon y los daños de su alianza, y el sentimiento profundo de la independencía que caracteriza al pueblo español.

Obsérvese, por último, en comprobacion de nuestro juicio, lo que decia la junta de Sevilla en su manifiesto: «Se cuidará de hacer enten-



der y persuadir á la nacion que, libres como esperamos, de esta cruel guerra á que nos han forzado los franceses, y puestos en tranquilidad y restituido al trono nuestro rey y señor Fernando VII, bajo él y por él se convocarán córtés, se reformarán los abusos y se restablecerán las leyes que el tiempo y la experiencia dicten para el público bien y felicidad, cosas que sabemos hacer los españoles, que las hemos hecho con otros pueblos, sin necesidad de que vengan los... franceses á enseñárnoslas...»

Para los españoles no fué política exclusivamente aquella cuestion; fué un nudo de sentimientos, de ideas é intereses que levantó de un golpe la sociedad entera. La invasion por un ejército so capa de alianza y proteccion: la ocupacion por dolo de nuestras primeras plazas fuertes; la propuesta de Carlos IV atribuida á los manejos del enemigo; las vergonzosas estratagemas con que la familia real fué llevada á Bayona; su renuncia y la usurpacion de

la corona; el ultraje á las leyes y costumbres, el vilipendio con que eran tratadas las primeras autoridades; los insultos del soldado á la religion y al carácter español, y las jactancias del oficial el bárbaro sacrificio de los patriotas del 2 de Mayo; todo se juntó para conmover las fibras más delicadas del sentimiento nacional, haciendo de aquella lucha una cuestion de política, de religion, de honor, de orgullo, de existencia. Y de todo esto por un concurso fortuito de circunstancias, vino á ser el simbolo Fernando VII, príncipe desconocido para los españoles, pero hijo de un rey, si no aborrecido, despreciado; pero príncipe á quien habia hecho querido el gobierno torpe é ignominioso de un valido; pero en fin, príncipe español. La patria, la religion, la libertad, las leyes, el porvenir, la honra de los españoles todo quedó resumido en este grito universal: *viva Fernando*. ¡Dichoso mortal! ¡infortunado pueblo!

## CAPÍTULO XV

Estado militar y económico de España al empezar la guerra de la Independencia, comparativamente al de Francia.—Castilla la Vieja: quema de Torquemada: derrota de Cabezón, que abrió á los franceses la entrada de Valladolid: ocupan á Santander.—Aragon: Cataluña: los franceses son rechazados del Bruch: encuentros de Vendrell y Arbós al regresar la expedicion enviada á Valencia: son rechazados segunda vez del Bruch: expedicion de Duhesme contra Gerona: saqueo de Mataró: defensa de Gerona.—Expedicion de Dupont á Andalucía.—Expedicion de Moncey á Valencia: defensa victoriosa de Valencia: Moncey se retira á Albacete.—Horrible saqueo de Cuenca.—Asturias niega á Cuesta sus fuerzas: asesinado Filangieri, toma Blake el mando del ejército de Galicia: únese al de Castilla la Vieja: derrota y saqueo de Medina de Rioseco.

La magnanimidad del pueblo español, al declarar la guerra al primer capitán del siglo y á la primera nacion de Europa, resaltaré más al presentar el estado comparativo contemporáneo de las fuerzas militares y los recursos de España y Francia.

Se estimaba la poblacion española de la península en poco más de diez millones, que dan unos setecientos tres habitantes por legua cuadrada. El ejército de tierra se dividia en tres clases: tropa de línea, milicias provinciales y cuerpos urbanos, formando un conjunto de unos ciento treinta mil hombres. La guardia de S. M. constaba de tres compañías de guardias de la persona, tres batallones de infantería española, tres de infantería walona y seis escuadrones de carabineros reales, cuyo total ascendia á seis mil quinientos veintinueve infantes y mil setecientos caballos. La infantería constaba de treinta y cinco regimientos de línea españoles, cuatro de línea extranjeros, seis de suizos y doce de tropas ligeras, cuyo total

era de ciento cuarenta y un batallones, y sesenta y un mil hombres. La caballería constaba de doce regimientos de línea, ocho de dragones, dos de cazadores y dos de húsares; total ciento veinte escuadrones, y diez y seis mil cuarenta hombres. El real cuerpo de artillería tenia cuatro regimientos ú ocho batallones de infantería, con seis compañías de á caballo, cuyo total era de seis mil ochocientos sesenta y ocho infantes y quinientos cincuenta y ocho caballos. Al real cuerpo de ingenieros estaba agregado el regimiento de zapadores minadores. Pero, deduciendo de este total las fuerzas que teníamos en Dinamarca y las islas Baleares, y la quinta parte de las restantes por las bajas ordinarias de enfermos, asistentes, etcétera, resulta lo efectivo en sólo unos cuarenta mil hombres de tropas regulares para oponer á los cien mil que ya ocupaban nuestro territorio.—Las fuerzas del emperador se elevaban á millon y medio de combatientes; el ejército destinado al exterior tenia sobre quinientos mil